

EL PROFESOR JUAN NEGRIN

Francisco GARCIA-VALDECASAS

En el centenario de Juan Negrín muchas ideas se me vienen a la imaginación. Todas confluyen alrededor de una realidad. ¡Que mal comprendido ha sido Juan Negrín! Durante unos años fue investigador médico ilusionado, luego Profesor universitario de un grupo de jóvenes entusiastas a los que transfería su incontrolable pasión científica y mas tarde hombre en una cumbre política que no ambicionó. ¡Extraño derrotero vital!

Y, sin embargo, para los que le conocieron en su primera o segunda época, nada sorprende. Era la consecuencia lógica de una personalidad singularísima, de una personalidad en que destacaban dos rasgos. Dos rasgos que revelaban todo un carácter. Porque D.Juan, como todos le llamábamos en el laboratorio de la Junta, se caracterizaba por esos dos rasgos que definían la totalidad de su manera de ser. Estos rasgos eran: generosidad y patriotismo. De ambos rasgos dejó profunda huella.

Su extraordinaria inteligencia, su inmensa cultura, su increíble facilidad para dominar idiomas, su capacidad de sugestión que le convertía en "leader" nato de círculos selectos; dotes que todo el mundo le reconocía, podrían ser distintivos de su personalidad pero no eran lo que marcaba con sello inconfundible su carácter.

La pasión de Juan Negrín era la investigación científica. A ella quería dedicar su vida. Pero no era, como lo suelen ser la mayoría de los investigadores, codicioso de premios y laureles. Antes bien, prefería pasar desapercibido. Cedía con facilidad y buen humor el mérito que a él personalmente le correspondía.

Es difícil sustentar con citas la manera de ser de Juan Negrín. Porque Negrín nunca hablaba de sí mismo y menos lo escribiera. ¿Cuales eran los pensamientos de Negrín cuando, en plena juventud, a los veintiséis años, solicitaba la reválida española de los estudios hechos en Alemania? O mas aún, ¿cuando aceptó del propio Cajal la posibilidad de montar en Madrid un Laboratorio de Investigación en Fisiología subvencionado por la Junta para Ampliación de Estudios? O más todavía, ¿Cuando a los treinta años decide abandonar su puesto de Dozent (la antesaia del codiciado profesorado en la Universidad alemana) en la Universidad de Leipzig y hacer oposiciones a la cátedra de Fisiología de la Facultad de Medicina de Madrid? Rompía con una senda prometedora ¿que era lo que lo motivaba?

Nunca se sabrá, porque Negrín no se lo dijo a nadie. No podía ser porque pensara que en Madrid encontraría más facilidades para su investigación y menos porque pensara que desde Madrid tuvieran más eco sus trabajos en el mundo científico. Justamente había de ser todo lo contrario. No se lo dijo a Enrique Moles, el gran químico, ni a Augusto Pi Sunyer, el gran fisiólogo. ¡Ni a Santiago Ramón y Cajal! Pero todos daban por sentado el porqué lo hacía. Porque no podía ser otro el motivo que el espíritu patriótico de lograr para España un puesto digno entre las naciones cultas. El mismo espíritu que animaba a Cajal, a Moles, a Pi Sunyer y a tantos otros de aquella gloriosa y frustrada época. Porque los que conocimos a Juan Negrín estamos seguros de que no tenía que prometer lo que todos esperaban de él. Todos los que le conocieron entonces y después tuvieron fe ciega en él. En que no era ni pretendería nunca ser, un arribista engañador. En que no quería la Cátedra de Madrid para su provecho personal (entonces los catedráticos de Medicina cuyo sueldo era ínfimo, rivalizaban en la calle por el "marketing" de los enfermos, lo que en aquellos decisivos años pensaba Juan Negrín sólo lo podemos colegir por su actuar posterior.

¡Cuántos en el mundo prometieron y no cumplieron! Negrín no prometió pero sí cumplió (aunque las circunstancias de la vida después se lo impidieran). Cumplió dedicándose a la docencia y la investigación. Es verdad que fundó un laboratorio privado de análisis clínicos que, aunque prestigioso, no promocionó comercialmente y apenas fue conocido.

En 1924, tan sólo dos años después del acceso de D. Juan a la cátedra José María García-Valdecasas (mi hermano, cuatro años mayor que el que esto escribe) y Severo Ochoa entraron como estudiantes (tenían 18 años) en contacto con Juan Negrín al estudiar Fisiología en el segundo año de Medicina. Quedaron fascinados. Juan Negrín parecía haber transportado consigo todo el espíritu de la ciencia alemana. Trabajaron ambos con toda la fuerza de la voluntad y lograron las máximas calificaciones. Entonces le pidieron colaborar. D. Juan los aceptó.

Cuando entraron en el Laboratorio que D. Juan había fundado con ayuda de la Junta para Ampliación de Estudios presidida por Cajal les pareció encontrar un paraíso de investigación. "Allí había (dice J.M. Valdecasas) bastantes microscopios, cápsulas de Marey, reactivos, un polímetro, ranas en abundancia, una buena centrifuga, un colorímetro, una bomba de vacío....." Pero lo más fundamental era el entusiasmo que en aquellos laboratorios se respiraba. El clima de investigación que se vivía. Contagiados de aquel clima, tanto Ochoa como Valdecasas decidieron que en la investigación fisiológica estaba la vocación de su vida.

Era en verdad "un micro clima". En pocos años lo había forjado Juan Negrín y a él se sumaban; Río Hortega el famoso histólogo, antiguo discípulo de Cajal, que tenía su propio Laboratorio contiguo; José María Corral catedrático de Fisiología y entusiasta de la Patología General, José Hernandez Guerra (también catedrático) y los jóvenes estudiantes recién ingresados aquel curso 1924-25: Severo Ochoa y José María García-Valdecasas.

Complemento fundamental en aquel Laboratorio era una formidable biblioteca de Fisiología. D. Juan la había traído de Alemania heredada o adquirida de algun viejo Profesor. Allí estaban las colecciones completas, desde el primer número, de las más afamadas Revistas mundiales. Allí estaban los famosos "Pflüger's Archiv für die gesamte Physiologie des Menschen und der Tiere" (extensa titulación de genuino sabor germánico), la mas prestigiosa de todas, donde el propio Juan Negrín tenía ya publicados algunos artículos.

Mirado con la perspectiva del tiempo ya transcurrido, Juan Negrín parecía haber asumido, en aquel entonces, y en su totalidad el pensamiento de Cajal sobre la necesidad de un "ambiente" propicio para el desarrollo de la investigación científica a escala nacional y también la teoría orteguiana de la "Circunstancia" que hemos comentado en otro lugar (Cajal y Barcelona, Fund. Uriach, Prólogo, Barcelona 1989). A crear ese ambiente en el campo de la Fisiología, debería pensar que había de consagrar su vida, que era lo mas conveniente para su patria. También era lo más generoso.

Si por una parte Negrin comprendía que, para su reputación personal, le convenía continuar en España las investigaciones que ya tenía en curso, y que vemos en su tesis doctoral sobre el "tono vascular" parcialmente publicadas en los Pflüger's Arch. (CXLIV, pag.56), en las que sigue la pista de cerca (creemos estar en vias de aportar pruebas...dice) a unas supuestas "substancias receptoras" (las innumerables descubiertas actualmente) con lo que se anticipa en decenas de años a su época, para el bien de su Patria era más importante volcar todo su esfuerzo apasionadamente a mantener y avivar el "fuego sagrado de la investigación" en aquel círculo selecto de jóvenes investigadores. Porque a aquellos dos primeros, ya citados, pronto siguieron otros jóvenes no menos contagiados del entusiasmo que D. Juan irradiaba. Rafael Méndez, Francisco Grande, Ramón Pérez Cirera, Francisco García Valdecasas, Manuel Peraita (prematuramente desaparecido) Pedro de la Barreda, Blas Cabrera, Castañeda, José Ruiz Gijón. Antonio Gallego Fernández, García Diaz, Rodríguez Delgado, Francisco Guerra y quizás alguno más que mi memoria no recuerda.

El "clima investigador" que Negrín creaba en la cátedra de Fisiología se extendía a la cátedra afín de Farmacología de la que era titular D. Teófilo Hernando. Este eximio maestro, aunque activo en la profesión médica (cultivava con gran prestigio la especialidad de gastroenterología) se cautivaba por la investigación experimental con igual o parecido entusiasmo y su cátedra, físicamente ubicada junto a la de Fisiología, participaba del clima científico de la de Negrín, del que Hernando era gran amigo y admirador. Varios de los jóvenes que antes nombraba tanto se sentían discípulos de Hernando como de Negrín. Rafael Méndez, Francisco Guerra y el que esto escribe son marcados ejemplos.

En aquel cálido ambiente que he evocado, D. Juan aconsejaba y daba ideas, enseñaba a manejar las revistas extranjeras, a buscar bibliografía en el fárrago incontable de las citas de los Berichte o seguir paso a paso la senda de sus primeros

trabajos de investigación. Esta labor fue sobre todo manifiesta con los primeros discípulos, los inseparables Ochoa y Valdecasas. Estos trabajan con entusiasmo indescriptible y así, antes de terminar la carrera, a los 21 años (en 1927) publicaban su primer trabajo de investigación (B.de la Soc.Española de Biología, 13,17 1927) y dos años más tarde publican ya en una de las más prestigiosas revistas americanas, el "Journal of Biological Chemistry" (8, 31,1929).

La escuela de Fisiología que Negrín cultivaba crecía con tanto entusiasmo que iba siendo demasiado grande para aquellos reducidos metros cuadrados del Laboratorio de la Junta. Negrín mirando un futuro inmediato dedicaba todos sus esfuerzos a crear también un ambiente físico. La orientación Cajaliana de formar a jóvenes en los laboratorios extranjeros prestigiosos para luego seguir la investigación científica en España fue asumida entusiásticamente por Negrín. Todos aquellos discípulos nombrados trabajaron con "pensiones" de la "Junta" en Alemania, Inglaterra, Francia y demás países avanzados. Lo mismo Ochoa y Valdecasas en cuanto terminaron la carrera de Medicina (en 1928). Pero el pensamiento de Negrín (como el de Cajal) era que una vez formados y suficientemente maduros volvieran a trabajar en España a ocupar las cátedras universitarias dando nuevos alientos a la ciencia patria.

No puedo extenderme aquí en analizar la ingente labor que Negrín realizó como Secretario de la Junta para la Construcción de la Ciudad Universitaria. Aquella formidable idea del Rey Alfonso XIII para la que donó de su patrimonio la finca de la Moncloa, encontró en Juan Negrín el adecuado realizador. Al volver de Alemania el que esto escribe a finales de 1934 quedó verdaderamente deslumbrado. En mi año y medio de ausencia como pensionado, la cátedra de Fisiología estaban ya formidablemente instalada en los nuevos edificios de la Ciudad Universitaria. Espaciosos laboratorios, abundante material científico y las más avanzadas técnicas de investigación. E incluso la biblioteca estaba ya instalada en su nueva ubicación... Con una rapidez asombrosa (en especial para construcciones oficiales) se habían terminado edificios, se habían hecho instalaciones, se había trasladado laboratorios... ¡Podíamos trabajar!

Se trabajaba ya, en uno de los laboratorios. Recuerdo mi primera arribada, Ochoa y Grande ensayaban simultáneamente un experimento (en un gato) y ... un duo de ópera. Sus voces no sé si bien timbradas (no soy un experto) se oían apenas traspasar el umbral del edificio. Los dos eran apasionados por la música. En otro laboratorio, Negrín y José María García-Valdecasas inspeccionaban, recién llegados, aparatos técnicos, más modernos que los que yo había manejado en el Laboratorio de H. Rein en Gotinga. En fin todo un sueño.

¡Un sueño fue! Año y medio después aquellos maravillosos laboratorios eran trincheras de combatientes donde se cumplía la profecía del poeta:

Españolito que vienes/ al mundo te guarde Dios/ una de las dos Españas/ ha de helarte el corazón

Al final, la diáspora, el exilio. De la obra científica de Negrín ¿no quedó nada? Algún curioso joven más de una vez al ver en el despacho de mi cátedra el retrato de Juan Negrín, me ha preguntado:

— ¿Cual fue la labor científica de Negrín, cuales fueron sus trabajos, donde los publicó, de que trataban?

- ¿Que trabajos; los hechos en Alemania o los hechos en España?

- Ya sé que salió de Alemania muy joven aunque con un gran prestigio. Yo digo, de los trabajos en España ¿dónde los publicó?

- Sus trabajos científicos fueron aventados. A México llegaron unos que se llamaban Valdecasas, Méndez, Perez Cirera, Castañeda, Francisco Guerra. México se benefició de los trabajos de Negrín aumentando el prestigio y la calidad de su Universidad y de su industria. A Nueva York llegó Severo Ochoa. A EE.UU. también Francisco Guerra, aún estudiante. En España quedó (avatares de la suerte) Francisco Grande (más tarde, ya catedrático de la Universidad española, se fue a EE.UU.) Antonio Gallego, José María Corral Saleta (el hijo del colaborador senior), José Rodríguez Delgado (después marchó a Yale) y Francisco García Valdecasas.

Ninguno perdió su entusiasmo por la investigación. Ninguno cedió al lucro personal. Fundaron centros de investigación allí donde llegaron y a su vez formaron discípulos. Recientemente un joven y ya prestigioso científico mexicano me saludó diciendo: Usted fué el primer discípulo de mi maestro y yo el último: Rafael Méndez. Era verdad yo había entrado en la Escuela de Negrín a través del entusiasmo que Méndez me había contagiado. El que me hablaba era el último de toda una pléyade de investigadores que Méndez había formado en el famoso Instituto de Cardiología de la Ciudad de México.

Tenemos que hacer referencia ahora a otra escuela de Fisiología existente en España. Ya hemos mencionado que entre las personas que explicaron a Negrín la necesidad de que viniera a España estaba D. Augusto Pi y Sunyer. Había formado en Barcelona una escuela prestigiosa de Fisiología, internacionalmente reconocida, ayudado por D. Jesús María Bellido, bondadoso patriarca (como le llamaba José Valdecasas) e infatigable trabajador experimental y contaba con numerosos discípulos. Entre ellos descollaba Jaume Pi y Sunyer, hijo de D. Augusto y Antonio Oriol Anguera, médico de una cultura enciclopédica verdaderamente notable. Lo mismo que la de Negrín la escuela de Pi y Suñer fue también aventada al exilio por la guerra civil y aún de forma más exhaustiva.

Una gran personalidad salvó en Madrid los restos dispersos en España de la escuela de Juan Negrín. Me estoy refiriendo a D. José María de Corral, colaborador y amigo de D. Juan desde los primeros momentos del Laboratorio de la Junta. Si el amor a la Investigación los unía, las ideas políticas les separaban. He dicho mal. La tolerancia ejemplar de ambos hacía que no sólo no les separara,

sino que más bien les unía en la aspiración conjunta a la misma meta: el desarrollo de la investigación en España.

Aquellas discrepancias políticas fueron providenciales. Corral aunque nunca había militado en política, era bien conocido por sus limpias ideas tradicionales que le venían de abolengo. Con decisión y valentía, sin igual en aquellos tiempos, no exenta de riesgos, sirvió de escudo a los jóvenes restos desamparados de la escuela de Negrín que se agruparon a su alrededor, comprensiblemente perseguidos, más que por sus ideas políticas, por la ruin rivalidad para obtener puestos universitarios que la ocasión les ponía en la oportunidad de granjearlos.

Con su gran talento y su gran entusiasmo emprendió la difícil tarea de recuperar el prestigio de la cátedra de Fisiología. Lo consiguió a pesar de ingentes dificultades de toda índole. Antonio Gallego fue el prestigioso continuador de Corral en la cátedra de Fisiología de Madrid, Francisco Grande fue catedrático de Zaragoza y después de la Universidad americana de Minnesota, José María Corral Saleta sería catedrático de Fisiología en Cádiz. La labor científica de Juan Negrín no se perdió. Todos ellos elevaron el nivel científico a nivel internacional y formaron escuela de investigación. Francisco García Valdecasas tuvo el alto honor de ocupar la cátedra de Farmacología de Barcelona de la que había sido injustamente despojado D. Jesús María Bellido. Aunque todos los discípulos de D. Augusto tuvieron que optar por el exilio, pervivía el espíritu del maestro entre la entusiasta juventud catalana. No costó demasiado trabajo volver a crear un círculo selecto que con el tiempo ha llegado a ser nervio del impulso científico de la Cataluña actual.

Por otra parte, los que marcharon al extranjero, justamente los más selectos, fueron brillantes "cerebros emigrados" que dieron prestigio a España y acogieron numerosos discípulos españoles. Imposible reseñar aquí toda la labor que han realizado. Severo Ochoa es el más notable paradigma. José María García Valdecasas, el otro primer y fiel discípulo de Negrín, exiliado cuando ya tenía familia numerosa a pesar de su juventud, pudo compaginar su trabajo industrial con la especulación científico-filosófica escribiendo un notable tratado titulado "Raíces de la Actividad Mental", publicado en México en 1978. José Manuel Rodríguez Delgado fue profesor de la Universidad de Yale. Hoy día multitud de científicos destacados en todo el mundo (no puedo entrar, como quisiera, en hablar extensamente de ellos) enlazan su linaje vocacional con la estela dejada por Juan Negrín.

Esa fue su obra científica. En el libro de la vida quedó escrita y publicada.

- Y su vida política ¿cómo se explica? No parece que concuerde mucho. Si para él lo fundamental era la ciencia, ¿porqué se metió en política y llegó a ser Primer Ministro? ¿porqué resistió ¡solo! hasta llegar a ser abandonado de todos?

-Ya he dicho que era un "leader" nato para los círculos selectos, no para las masas. No era orador ni lo pretendía. cuando todo se perdía acudieron a él. Ya es sabida la historia de su resistencia a entrar en el Gobierno. No voy aquí a ocuparme de eso.

Terminó aceptando el ministerio más trascendente, el de Hacienda. Luego aceptó también el de Primer Ministro.

El no se resignaba a que su obra fuese destruida. Aceptó como un sacrificio más. Esa es la única explicación que puede darse. Esa era la única explicación que daba José María García-Valdecasas que estuvo a su lado hasta el último momento en España. Comprendo que quisiera defender lo que tantos sacrificios le había costado. Pues porque España tuviera investigación e investigadores había renunciado al posible renombre en la ciencia alemana e incluso a hacer su propia investigación en España.

Para consuelo suyo su labor científica que creyó destruida sigue viva. Sus discípulos siguieron la senda sin desmayos y el más selecto fué Premio Nobel. Pues aunque no se quiera la primera impronta del Maestro nunca se pierde.